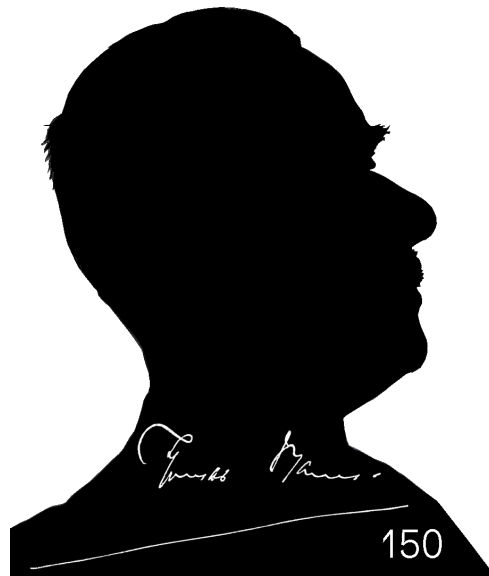


DOSSIER LITERARIO



T M M
THOMAS MANN
T M M

THOMAS MANN 2025

1	TONIO KRÖGER	2
	Versión original: <i>Tonio Kröger</i>	4
2	LA MUERTE EN VENECIA	6
	Versión original: <i>Der Tod in Venedig</i>	7
3	LA MONTAÑA MÁGICA	8
	Versión original: <i>Der Zauberberg</i>	9
4	LA ENGAÑADA	10
	Versión original: <i>Die betrogene</i>	11
5	CONFESIONES DEL ESTAFADOR FÉLIX KRULL	12
	Versión original: <i>Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull</i>	13

1. TONIO KRÖGER

«— Molesto? —preguntó Tonio Kröger desde el umbral del taller. Hizo una pequeña reverencia, sombrero en mano, a pesar de que Lizaveta Ivánovna era su amiga y confidente.

— Tenga piedad de mí, Tonio Kröger, y entre sin más ceremonias —respondió ella con su acento saltarín—. Nadie ignora que se ha criado en buenos pañales y sabe cómo hay que comportarse.

Mientras hablaba, colocó el pincel sobre la paleta que sostenía con la mano izquierda y le tendió la derecha, mirándole a la cara sonriendo y meneando la cabeza.

— Cierto, pero veo que está trabajando —dijo él—. Veamos... ¡Oh!, ha progresado mucho.

Y contempló alternativamente los bocetos en color, apoyados en sillas a ambos lados del caballete, y la gran tela cubierta por un cañamazo de líneas en la que empezaban a aparecer las primeras manchas de color sobre un intrincado y vago esbozo al carbón.

Esto ocurría en Múnich, en la parte posterior de un edificio de la Schillingstrasse, en uno de los últimos pisos. Fuera, tras las ventanas encaradas hacia el norte, se veía el azul del cielo, se oían los trinos de los pájaros y brillaba el sol; el sople dulce y joven de la primavera, que entraba a raudales por una claraboya abierta, se mezclaba con el olor de fijador y pinturas al óleo que llenaba el espacioso estudio. La luz dorada de aquella clara tarde inundaba sin obstáculos la amplia desnudez del taller, bañando de resplandor el suelo de madera, bastante deteriorado, la tosca mesa cubierta de frasquitos, tubos y pinceles, situada bajo la ventana, y los cuadros sin marco que colgaban de paredes sin empapelar; iluminaba el biombo de seda deshilachada que separaba del resto del taller una esquina de cerca de la puerta, destinada a alcoba, amueblada con estilo; iluminaba la obra naciente encima del caballete, frente a la cual se hallaban la pintora y el poeta.

Ella tendría, más o menos, la misma edad que él, es decir, poco más de treinta años. Estaba sentada en un taburete bajo, con un delantal azul oscuro manchado de pintura, apoyando la barbilla en la mano. Su pelo castaño, peinado muy terso y ligeramente canoso en los lados, cubría sus sienes de ondas y enmarcaba un rostro moreno, de rasgos eslavos, rebosante de simpatía, de nariz chata, pómulos muy salientes y ojos negros y brillantes. Tensa y desconfiada, y casi irritada, examinaba su trabajo mirando de soslayo y guiñando los ojos.

Tonio estaba de pie a su lado, con la mano derecha apoyada en la cadera y retorciendo febrilmente con la derecha su bigote castaño.

Fruncía fatigosamente el entrecejo y silbaba bajito, como de costumbre. Iba vestido con mucho esmero y elegancia; llevaba un traje de un gris discreto, no demasiado claro y de corte impecable. Pero en su frente, cruzada por pequeñas arrugas, sobre la que caía su pelo oscuro, se notaba un tic nervioso, y los rasgos de su rostro meridional eran más acusados que nunca, como cortados y labrados a cincel, mientras que la boca, en cambio, aparecía finamente perfilada y el mentón, suavemente formado... Tras una pausa, pasó la mano por la frente y los ojos, y desvió la mirada.

— No hubiera debido venir —dijo.

— ¿Por qué no, Tonio Kröger?

— Acabo de levantarme de la mesa de trabajo, Lizaveta, y tengo la cabeza tan confusa como esta tela. Un caballete, un pálido esbozo lleno de tachaduras y unas cuantas manchas de color, y ahora vengo aquí y veo lo mismo. Me encuentro otra vez con el conflicto y la contradicción —dijo Tonio olfateando el aire— que me torturaban en casa. Es extraño. Si te domina un pensamiento, lo encuentras expresado en mil cosas por doquier, lo olfateas incluso en el aire. Olor de fijador y aroma primaveral, ¿no es verdad? Arte y... sí, ¿cuál es la otra cosa? No diga «naturaleza», Lizaveta, «naturaleza» no es suficiente. ¡Ah, no!, hubiera hecho mucho mejor yéndome a pasear, aunque falta saber si me habría sentado mejor...»

(Thomas Mann. *Tonio Kröger*. Trad. Oliver Strumk. Barcelona: Edhasa, 2023 [1996]. Cap. 4)

Versión original: TONIO KRÖGER

»Störe ich?« fragte Tonio Kröger auf der Schwelle des Ateliers. Er hielt seinen Hut in der Hand und verbeugte sich sogar ein wenig, obgleich Lisaweta Iwanowna seine Freundin war, der er alles sagte.

»Erbarmen Sie sich, Tonio Kröger, und kommen Sie ohne Zeremonien hinein!« antwortete sie mit ihrer hüpfenden Betonung. »Es ist bekannt, daß Sie eine gute Kinderstube genossen haben und wissen, was sich schickt.« Dabei steckte sie ihren Pinsel zu der Palette in die linke Hand, reichte ihm die rechte und blickte ihm lachend und kopfschüttelnd ins Gesicht.

»Ja, aber Sie arbeiten,« sagte er. »Lassen Sie sehen ... O, Sie sind vorwärts gekommen.« Und er betrachtete abwechselnd die farbigen Skizzen, die zu beiden Seiten der Staffelei auf Stühlen lehnten, und die große, mit einem quadratischen Liniennetz überzogene Leinwand, auf welcher in dem verworrenen und schemenhaften Kohleentwurf die ersten Farbflecke aufzutauchen begannen.

Es war in München, in einem Rückgebäude der Schellingstraße, mehrere Stiegen hoch. Draußen, hinter dem breiten Nordlicht-Fenster, herrschte Himmelsblau, Vogelgezwitscher und Sonnenschein, und des Frühlings junger, süßer Atem, der durch eine offene Klappe hereinströmte, vermischte sich mit dem Geruch von Fixativ und Ölfarbe, der den weiten Arbeitsraum erfüllte. Ungehindert überflutete das goldige Licht des hellen Nachmittags die weitläufige Kahlheit des Ateliers, beschien freimütig den ein wenig schadhafte Fußboden, den rohen, mit Fläschchen, Tuben und Pinseln bedeckten Tisch unterm Fenster und die ungerahmten Studien an den untapezierten Wänden, beschien den Wandschirm aus rissiger Seide, der in der Nähe der Tür einen kleinen, stilvoll möblierten Wohn- und Mußewinkel begrenzte, beschien das werdende Werk auf der Staffelei und davor die Malerin und den Dichter.

Sie mochte etwa so alt sein wie er, nämlich ein wenig jenseits der Dreißig. In ihrem dunkelblauen, fleckigen Schürzenkleide saß sie auf einem niedrigen Schemel und stützte das Kinn in die Hand. Ihr braunes Haar, fest frisiert und an den Seiten schon leicht ergraut, bedeckte in leisen Scheitelwellen ihre Schläfen und gab den Rahmen zu ihrem brünetten, slawisch geformten, unendlich sympathischen Gesicht mit der Stumpfnase, den scharf herausgearbeiteten Wangenknochen und den kleinen, schwarzen, blanken Augen. Gespannt, mißtrauisch und gleichsam gereizt musterte sie schiefen und gekniffenen Blicks ihre Arbeit...

Er stand neben ihr, hielt die rechte Hand in die Hüfte gestemmt und drehte mit der Linken eilig an seinem braunen Schnurrbart. Seine schrägen Brauen waren in einer finsternen und angestregten Bewegung, wobei er leise vor sich hinpiff, wie gewöhnlich. Er war äußerst sorgfältig und gediegen gekleidet, in einen Anzug von ruhigem Grau und reserviertem Schnitt. Aber in seiner durcharbeiteten Stirn, über der sein dunkles Haar so außerordentlich simpel und korrekt sich scheidete,

war ein nervöses Zucken, und die Züge seines südlich geschnittenen Gesichts waren schon scharf, von einem harten Griffel gleichsam nachgezogen und ausgeprägt, während doch sein Mund so sanft umrissen, sein Kinn so weich gebildet erschien... Nach einer Weile strich er mit der Hand über Stirn und Augen und wandte sich ab.

»Ich hätte nicht kommen sollen,« sagte er.

»Warum hätten Sie nicht, Tonio Kröger?«

»Eben stehe ich von meiner Arbeit auf, Lisaweta, und in meinem Kopf sieht es genau aus wie auf dieser Leinwand. Ein Gerüst, ein blasser, von Korrekturen beschmutzter Entwurf und ein paar Farbflecke, ja; und nun komme ich hierher und sehe dasselbe. Und auch den Konflikt und Gegensatz finde ich hier wieder,« sagte er und schnupperte in die Luft, »der mich zu Hause quälte. Seltsam ist es. Beherrscht dich ein Gedanke, so findest du ihn überall ausgedrückt, du *riechst* ihn sogar im Winde. Fixativ und Frühlingsaroma, nicht wahr? Kunst und – ja, was ist das Andere? Sagen Sie nicht ›Natur‹, Lisaweta, ›Natur‹ ist nicht erschöpfend. Ach, nein, ich hätte wohl lieber spazieren gehen sollen, obgleich es die Frage ist, ob ich mich dabei wohler befunden hätte!

(Thomas Mann. "Tonio Kröger". *Neue Deutsche Rundschau*. Berlin: F. Fischer, 1903. Kapitel IV)

2. LA MUERTE EN VENECIA

«Un grupo de jóvenes integraban el pasaje de primera: al parecer, dependientes de comercio en Pola que, en un raptó de entusiasmo, se habían unido para hacer un viaje a Italia. Se les veía muy ufanos de sí mismos y de su empresa: charlaban o reían, complaciéndose en su propia gesticulación, e inclinándose por la borda, lanzaban pullas y remoquetes a sus compañeros que, cartera bajo el brazo, discurrían afanosos por la calle del puerto y amenazaban con sus bastoncillos a los excursionistas. Uno de éstos, vestido con un traje estival de última moda, color amarillo claro, corbata roja y un panamá con el ala audazmente levantada, destacaba entre todos por su voz chillona y excelente humor. Pero en cuanto Aschenbach lo hubo observado con más detenimiento, se percató, no sin terror, de que se trataba de un falso joven. Era un hombre viejo, no cabía la menor duda. Hondas arrugas le cercaban ojos y boca. El opaco carmín de sus mejillas era maquillaje; el cabello castaño que asomaba por debajo del panamá con cinta de colores era una peluca; la piel del cuello le colgaba flácida y tendinosa; el bigotito retorcido y la perilla se los había teñido; la dentadura amarillenta y completa, que enseñaba al reírse, era postiza, además de barata, y sus manos, cuyos índices lucían anillos con camafeos, eran manos de anciano. Aschenbach se estremeció viéndolo alternar con aquellos muchachos. ¿No sabían, no advertían acaso que era viejo y no tenía derecho a llevar su abigarrada indumentaria de dandy ni a hacerse pasar por uno de ellos? Pues lo cierto es que, con toda naturalidad y como por costumbre, según parecía, lo toleraban en su grupo y lo trataban como a un igual. ¿Cómo era posible algo así?»

(Thomas Mann. *La muerte en Venecia*. (Trad. Juan-José del Solar. Barcelona: Debolsillo, 2020. Cap. 3)

Versión original: DER TOD IN VENEDIG

Eine Gruppe junger Leute bildete die Reisegesellschaft des ersten Verdecks, Polenser Handelsgehülfen, wie es schien, die sich in angeregter Laune zu einem Ausflug nach Italien vereinigt hatten. Sie machten nicht wenig Aufhebens von sich und ihrem Unternehmen, schwatzten, lachten, genossen selbstgefällig das eigene Gebärdenspiel und riefen den Kameraden, die, Portefeuilles unterm Arm, in Geschäften die Hafensstraße entlang gingen und den Feiernden mit dem Stöckchen drohten, über das Geländer gebeugt, zungengeläufige Spottreden nach. Einer, in hellgelbem, übermodisch geschnittenem Sommeranzug, roter Krawatte und kühn aufgebogenem Panama, tat sich mit krähender Stimme an Aufgeräumtheit vor allen andern hervor. Kaum aber hatte Aschenbach ihn genauer ins Auge gefaßt, als er mit einer Art von Entsetzen erkannte, daß der Jüngling falsch war. Er war alt, man konnte nicht zweifeln. Runzeln umgaben ihm Augen und Mund. Das matte Karmesin der Wangen war Schminke, das braune Haar unter dem farbig umwundenen Strohhut Perücke, sein Hals verfallen und sehnig, sein aufgesetztes Schnurrbärtchen und die Fliege am Kinn gefärbt, sein gelbes und vollzähliges Gebiß, das er lachend zeigte, ein billiger Ersatz, und seine Hände, mit Siegelringen an beiden Zeigefingern, waren die eines Greises. Schauerlich angemutet sah Aschenbach ihm und seiner Gemeinschaft mit den Freunden zu. Wußten, bemerkten sie nicht, daß er alt war, daß er zu Unrecht ihre stutzerhafte und bunte Kleidung trug, zu Unrecht einen der Ihren spielte? Selbstverständlich und gewohnheitsmäßig, wie es schien, duldeten sie ihn in ihrer Mitte, behandelten ihn als ihresgleichen, erwiderten ohne Abscheu seine neckischen Rippenstöße. Wie ging das zu?

(Thomas Mann. "Der Tod in Venedig". *Die neue Rundschau*. XXIII Jahrgang. Band 2. Berlin: S. Fischer, 1912. Drittes Kapitel)

3. LA MONTAÑA MÁGICA

«Durante aquella comida principal se produjeron dos incidentes que despertaron el interés de Hans Castorp, en la medida que su estado lo permitía. En primer lugar, la puerta de cristalera volvió a dar un portazo —fue cuando comían el pescado—. Hans Castorp se estremeció, molesto, y con ansiosa rabia se dijo que esa vez tenía que conocer al culpable. No sólo lo pensó, sino que lo articuló en voz baja, tan en serio lo había tomado.

—¡Tengo que saberlo! —murmuró con una pasión tan exagerada que miss Robinson y la institutriz le miraron extrañadas.

Y, a tiempo, se volvió hacia la izquierda y abrió cuanto pudo sus ojos inyectados en sangre.

Era una mujer quien atravesaba la sala, más bien una joven, de mediana estatura, vestida con un suéter blanco y una falda de color, con el cabello rubio rojizo peinado en dos trenzas recogidas. Hans Castorp apenas pudo ver nada del perfil de su rostro. Andaba sin hacer ruido, lo cual no dejaba de ser una enorme contradicción frente a su estrepitosa entrada; se desplazaba con un singular sigilo y con la cabeza un poco inclinada hacia la última mesa de la izquierda, la que estaba justo en perpendicular a la galería, la mesa de los rusos distinguidos, y ocultaba una mano en el bolsillo de su ajustado suéter mientras se llevaba la otra a la nuca para arreglarse el peinado. Hans Castorp miró esa mano, pues se fijaba mucho en las manos de la gente y solía observar esa parte del cuerpo cada vez que le presentaban a alguien. Aquella mano no era una mano especialmente femenina, una mano bien cuidada y refinada, como las de las mujeres de la clase social de Hans Castorp. Era una mano bastante ancha, con los dedos cortos; tenía algo de pueril y primitivo, parecía la mano de una colegiala. Sus uñas obviamente no conocían la manicura, estaban cortadas fatal, como las de una colegiala, y la piel de los bordes parecía un poco encallecida, como si se diese al pequeño vicio de morderse las uñas. Hans Castorp más bien lo intuyó, pues en realidad no lo había visto... la distancia era demasiado grande. La joven saludó con la cabeza a sus compañeros de mesa y se sentó, volviendo la espalda a la sala, al lado del doctor Krokovski, que presidía aquella mesa. Luego se volvió, aún con la mano en los cabellos, y miró un momento a los comensales, lo cual permitió ver a Hans Castorp que tenía anchos pómulos y ojos pequeños. El vago recuerdo de algo y de alguien le conmovió ligera y fugazmente al ver aquello...»

(Thomas Mann. “Una mujer, naturalmente!”, *La montaña mágica*. (Trad. Isabel García Adanez. Barcelona: Debolsillo, 2020. Cap. 3, p. 116)

Versión original: DER ZAUBERBERG

Zwei Zwischenfälle ereigneten sich während der großen Mahlzeit und erregten Hans Castorps Aufmerksamkeit, soweit sein Befinden dies zuließ. Erstens fiel wieder die Glastür zu, – es war beim Fisch. Hans Castorp zuckte erbittert und sagte dann in zornigem Eifer zu sich selbst, daß er unbedingt diesmal den Täter feststellen müsse. Er dachte es nicht nur, er sagte es auch mit den Lippen, so ernst war es ihm. Ich muß es wissen! flüsterte er mit übertriebener Leidenschaftlichkeit, so daß Miß Robinson sowohl wie die Lehrerin ihn verwundert anblickten. Und dabei wandte er den ganzen Oberkörper nach links und riß seine blutüberfüllten Augen auf.

Es war eine Dame, die da durch den Saal ging, eine Frau, ein junges Mädchen wohl eher, nur mittelgroß, in weißem Sweater und farbigem Rock, mit rötlichblondem Haar, das sie einfach in Zöpfen um den Kopf gelegt trug. Hans Castorp sah nur wenig von ihrem Profil, fast gar nichts. Sie ging ohne Laut, was zu dem Lärm ihres Eintritts in wunderlichem Gegensatz stand, ging eigentümlich schleichend und etwas vorgeschobenen Kopfes zum äußersten Tische links, der senkrecht zur Verandatür stand, dem „Guten Russentisch“ nämlich, wobei sie die eine Hand in der Tasche der anliegenden Wolljacke hielt, die andere aber, das Haar stützend und ordnend, zum Hinterkopf führte. Hans Castorp blickte auf diese Hand, – er hatte viel Sinn und kritische Aufmerksamkeit für Hände und war gewöhnt, auf diesen Körperteil zuerst, wenn er neue Bekanntschaften machte, sein Augenmerk zu richten. Sie war nicht sonderlich damenhaft, die Hand, die das Haar stützte, nicht so gepflegt und veredelt, wie Frauenhände in des jungen Hans Castorp gesellschaftlicher Sphäre zu sein pflegten. Ziemlich breit und kurzfingerig, hatte sie etwas Primitives und Kindliches, etwas von der Hand eines Schulmädchens; ihre Nägel wußten offenbar nichts von Maniküre, sie waren schlecht und recht beschnitten, ebenfalls wie bei einem Schulmädchen, und an ihren Seiten schien die Haut etwas aufgeraut, fast so, als werde hier das kleine Laster des Fingerkauens gepflegt. Übrigens erkannte Hans Castorp dies eher ahnungsweise, als daß er es eigentlich gesehen hätte, – die Entfernung war doch zu bedeutend. Mit einem Kopfnicken begrüßte die Nachzüglerin ihre Tischgesellschaft, und indem sie sich setzte, an die Innenseite des Tisches, den Rücken gegen den Saal, zur Seite Dr. Krokowskis, der dort den Vorsitz hatte, wandte sie, noch immer die Hand am Haar, den Kopf über die Schulter und überblickte das Publikum, – wobei Hans Castorp flüchtig bemerkte, daß sie breite Backenknochen und schmale Augen hatte... Eine vage Erinnerung an irgendetwas und irgendwen berührte ihn leicht und vorübergehend, als er das sah...

(Thomas Mann. „Natürlich, ein Frauenzimmer!“. *Der Zauberberg*. Erster Band. Berlin: S. Fischer, 1934. Drittes Kapitel)

4. LA ENGAÑADA

«Frau von Tümmmler contemplaba con atribulado respeto los cuadros de su hija, donde las tendencias más evolucionadas se conjugaban con lo primitivo, lo decorativo con lo profundo, y un sentido muy refinado de las combinaciones cromáticas con el ascetismo de la figuración.

— Notable, seguramente notable, hija querida —le decía—, el profesor Zumsteg sabrá apreciarlo; él te ha animado a pintar así y tiene el ojo y la comprensión para hacerlo. Pues hay que tener el ojo y la comprensión para ello. ¿Qué título le has puesto?

— *Árboles al viento nocturno.*

— Eso da una pista de hacia dónde apuntaban tus intenciones. ¿Esos conos y esos círculos sobre el fondo gris-amarillo son quizá los árboles?, ¿y esa línea extraña que evoluciona en espiral será el viento? Interesante, Anna, interesante. ¡Pero por Dios! Hija mía, la querida naturaleza, ¿qué hacéis con ella? ¿No querrías ni una sola vez ofrecerle algo a nuestra sensibilidad con tu arte, pintar algo para el corazón? Una hermosa naturaleza muerta con flores, un ramillete de lilas frescas, tan fielmente reproducidas que una crea respirar su fascinante aroma, y junto al florero habría dos preciosas figurillas de porcelana de Meissen, un caballero que con su mano envía un beso a una dama, y todo reflejado en el bruñido tablero de una mesa...

— ¡Para, para, mamá! ¡Qué imaginación tan desbordante la tuya! Pero ya no se puede pintar así.

— Anna, no querrás hacerme creer que, con tu talento, no serías capaz de pintar algo semejante, algo que se dirija al corazón.

— Me has comprendido mal, mamá. No se trata de que yo sea o no capaz de hacerlo. No se puede. La época y el arte ya no lo consienten.

— ¡Tanto peor para la época y el arte! No, disculpa, hija mía, no quería decir eso. Si lo que impide eso es la progresión de la vida, lamentarse no es lo indicado. Por el contrario, sería triste quedarse rezagado. Lo entiendo perfectamente. Y también entiendo que hace falta genio para imaginarse una línea que diga tanto como la tuya. A mí no me dice nada, pero veo a las claras que es muy elocuente.

Anna besó a su madre, sosteniendo en las manos, lejos de sí, la paleta y el pincel húmedo. Y Rosalie también la besó, contenta en su fuero interno de que la hija encontrase consuelo y compensación a tantas renunciadas en su quehacer artístico [...].»

(Thomas Mann. *La engañada*. (Trad. Juan-José Solar. Barcelona: Edhasa, 2021 [1980]. Cap. 1)

Versión original: DIE BETROGENE

Frau von Tümmler betrachtete die Bilder ihrer Tochter, in denen sich das Hochentwickelte dem Primitiven, das Dekorative dem Tiefsinnigen, ein sehr verfeinerter Sinn für Farbkombinationen dem Asketischen der Gestaltung vereinte, mit betrübter Hochachtung.

»Bedeutend, sicher bedeutend, liebes Kind«, sagte sie. »Professor Zumsteg wird es schätzen. Er hat dich in dieser Malweise bestärkt und hat das Auge und den Verstand dafür. Man muß das Auge und den Verstand dafür haben. Wie nennst du es?«

»Bäume im Abendwind.«

»Das gibt doch einen Wink dafür, wohin deine Absichten gingen. Sollten diese Kegel um Kreise auf grau-gelben Grunde die Bäume – und diese eigentümliche Linie, die sich spiralförmig aufwickelt, den Abendwind vorstellen? Interessant, Anna, interessant. Aber guter Gott, mein Kind, die liebe Natur, was macht ihr aus ihr! Wolltest du doch ein einzig Man dem Gemüt etwas bieten mit deiner Kunst, etwas fürs Herz malen, ein schönes Blumenstilleben, einen frischen Fliederstrauß, so anschaulich, daß man seinen entzückenden Duft zu spüren meinte, bei der Vase aber stünden ein paar zierliche Meißener Porzellanfiguren, ein Herr, der einer Dame eine Kußhand zuwirft, und alles müßte sich in der glänzend polierten Tischplatte spiegeln...

»Halt, halt, Mama! Du hast ja eine ausschweifende Phantasie. Aber so kann man doch nicht mehr malen!«

»Anna, du wirst mir nicht einreden wollen, daß du etwas Herzerquickendes dieser Art nicht malen könntest, bei deiner Begabung.«

»Du mißverstehst mich, Mama. Es handelt sich nicht darum, ob ich es könnte. Man kann es nicht. Der Stand von Zeit und Kunst läßt es nicht mehr zu.«

»Desto trauriger für Zeit und Kunst! Nein, verzeih, mein Kind, ich wollte das so nicht sagen. Wenn es das fortschreitende Leben ist, das es verhindert, so ist keine Trauer am Platze. Im Gegenteil wäre es traurig, hinter ihm zurückzubleiben. Ich verstehe das vollkommen. Und ich verstehe auch, daß Genie dazu gehört, sich eine so vielsagende Linie wie deine da auszudenken. Mir sagt sie nichts, aber ich sehe ihr deutlich an, daß sie vielsagend ist.«

Anna küßte ihre Mutter, indem sie die Palette und den nassen Pinsel in ihren Händen weit von ihr abhielt. Und Rosalie küßte sie auch, in der Seele froh darüber, daß die Tochter in ihrem zwar abgezogenen und, wie ihr schien, abtötenden...

(Thomas Mann. *Die Betrogene*. Erster Band. Frankfurt: S. Fischer, 1953. Erstes Kapitel)

5. CONFESIONES DEL ESTAFADOR FÉLIX KRULL

«Dieciséis horas de jornada, sólo interrumpidas por los breves recesos que se concedían al personal para ir a comer por turnos en un salón que había entre la cocina y el comedor —para comer fatal, ahí tenía toda la razón del mundo el pequeño Bob: eran comidas que te amargaban el día, unos guisos a base de restos de todo tipo juntos y mal revueltos (en mi opinión, todos aquellos sospechosos *ragouts*, *hachés* y *fricassées* que siempre se acompañaban de un ácido *petit vin du pays* rayaban en lo insultante, y puedo asegurar que sólo he comido peor en la cárcel)—; como decía, uno pasaba todas esas horas allí encerrado, en aquel aire cargadísimo por los perfumes de los huéspedes, sin tomar asiento un instante, accionando la palanca, mirando el tablero de los timbres, parando en tal o cual planta de subida o de bajada, viendo entrar y salir gente, y asombrándose ante la enloquecida impaciencia de algunos que, abajo en el vestíbulo, se empecinaban en llamar al ascensor varias veces seguidas sin tener en cuenta que era imposible bajar volando a servirles, sino que primero había que parar arriba y luego en las plantas intermedias, y abrir la puerta con la mejor sonrisa y una graciosa reverencia a los que querían salir.

Yo sonreía mucho, y decía «*M'sieur et dame*» y «*Watch your step!*», lo cual resultaba del todo innecesario, pues salvo quizás el primer día, en que a veces no lograba nivelar el ascensor a la perfección, jamás me quedaba éste a una altura indebida, o la corregía de inmediato. A las señoras mayores les ponía una mano en el codo para ayudarlas a salir, como si tuvieran dificultad alguna para hacerlo, y a cambio recibía sus miradas de agradecimiento, esas miradas que lanzan las personas entradas en años en pago a la galantería de la juventud: ligeramente turbadas y, a veces, un tanto coquetas al tiempo que melancólicas. Otras, como es lógico, reprimían cualquier muestra de entusiasmo, o ni siquiera tenían que reprimir nada porque su corazón ya se había helado y no les quedaba más que su soberbia de clase. Por otra parte, con las mujeres jóvenes me comportaba del mismo modo, y algunas de ellas se sonrojaban y me musitaban luego un *merci* por aquel pequeño detalle que a mí me endulzaba la monotonía del trabajo, ya que, en el fondo, yo siempre estaba pensando en una persona concreta y, en cierto modo, me perfeccionaba únicamente para ella. Era a ella a quien esperaba, a quien yo tenía en mis pensamientos con una imagen muy definida —en tanto que ella me tenía a mí en los suyos justo al contrario—, a la dueña del joyerito, a la mecenas de mis botines, mi bastón de paseo y mi traje de los domingos, a ella, con quien vivía en un dulce secreto, a la dama a quien, a menos que se marchara de repente, no tendría que esperar mucho tiempo más.»

(Thomas Mann. *Confesiones del estafador Félix Krull*. (Trad.: Isabel García Adanez. Barcelona: Debolsillo, 2020. Libro II, cap. 9)

Versión original: BEKENNTNISSE DES HOCHSTAPLERS FELIX KRULL

Sechzehn Stunden lang, nur ausgenommen die kurzen Fristen, in denen schichtweise dem Personal in einem zwischen Küche und Speisesaal gelegenen Raum die Mahlzeiten verabfolgt wurden, – sehr schlechte Mahlzeiten, da hatte der kleine Bob nur zu recht gehabt, Mahlzeiten, zum Murren stimmend, aus allerlei Resten unfreundlich zusammengekesselt – ich fand diese zweifelhaften Ragouts, Hachés und Fricassées, zu denen ein saurer petit vin du pays mit Geiz geschenkt wurde, ernstlich kränkend und habe tatsächlich nur im Zuchthause unlustiger gespeist –; so viele Stunden also war man ohne ein Niedersitzen, in eingeschlossener, von den Parfums der Fahrgäste geschwängelter Luft auf den Beinen, handhabte seinen Hebel, blickte aufs Klingelbrett, machte halt da und dort im Auf- und Abgleiten, nahm Gäste auf, ließ welche aussteigen und wunderte sich über die hirnlose Ungeduld von Herrschaften, die drunten in der Halle unaufhörlich schellten, da man doch nicht sogleich aus dem vierten Stock zu ihren Diensten hinunterstürzen konnte, sondern erst dort oben und in tieferen Etagen hinauszutreten und mit artiger Verbeugung und seinem besten Lächeln abwärts Verlangende einzulassen hatte.

Ich lächelte viel, sagte: »M'sieur et dame—« und »Watch your step!«, was ganz unnötig war, denn höchstens am ersten Tag war ich hie und da uneben gelandet, dann verursachte ich niemals eine Stufe mehr, vor der ich zu warnen gehabt hätte, oder glich sie doch sofort vollkommen aus. Älteren Damen legte ich leicht die Hand zur Stütze unter den Ellbogen beim Aussteigen, als ob es mit diesem irgendwelche Schwierigkeiten gehabt hätte, und empfing den leicht verwirrten, zuweilen auch melancholisch-koketten Dankesblick, mit dem das Abgelebte die Galanterie der Jugend quittiert. Andere freilich verbissen sich jedes Entzücken oder hatten das nicht einmal nötig, da ihr Herz erkaltet und nur noch Klassenhochmut darin übriggeblieben war. Übrigens tat ich es auch bei jungen Frauen, und da gab es manches zarte Erröten nebst einem gelispelten »Merci« für eine Aufmerksamkeit, die mir das eintönige Tagewerk versüßte, da ich sie im Grunde nur Einer zudachte und mich nur für sie gewissermaßen darin übte. Auf sie wartete ich, die ich bildhaft – und die mich bildlos –im Sinne trug, die Herrin des Kästchens, die Spenderin meiner Knöchelstiefel, meines Stockschirmes und meines Ausgeh-Anzugs, sie, mit der ich in zartem Geheimnis lebte, – und konnte, wenn sie nicht jäh wieder abgereist war, unmöglich lange auf sie zu warten haben.

(Thomas Mann. *Bekenntnisse des Hochstaplers Felix Krull*. Zweites Buch, neuntes Kapitel. Frankfurt: S. Fischer, 1954)